

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Mario Cerutti

“La historia, la economía y la historia económica”

p. 81-98

Reflexiones sobre el oficio del historiador

Gisela von Wobeser (coordinación)

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

252 p.

(Serie Divulgación, 2)

ISBN 968-36-44-84-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historiador_reflexiones/301a.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA HISTORIA, LA ECONOMÍA Y LA HISTORIA ECONÓMICA

MARIO CERUTTI *

De manera dispar —y en ciertos casos excesivamente superficial—
fraccionaré esta exposición en cinco puntos:

- 1) la historia y la economía como procesos y realidades específicas;
- 2) la historia y la economía como disciplinas destinadas a producir conocimientos en el marco más general de las ciencias sociales;
- 3) la historia económica y sus problemas como rama especializada del conocimiento histórico;
- 4) por qué trabajamos la historia económica;
- 5) algunas conclusiones sobre la historia económica de México que la investigación regional ha producido en años recientes.

LA HISTORIA, LA ECONOMÍA Y LA REALIDAD ACONTECIDA

No está de más recordar que lo histórico, la historia, alude en principio a procesos acontecidos, a una realidad sucedida que nadie puede modificar. La Revolución Francesa estalló en 1789, la Mexicana a comienzos del siglo xx, Franklin Roosevelt gobernó Estados Unidos después de la crisis de 1929: si la *descripción*, la *interpretación* o la *explicación* de estos fenómenos históricos puede variar, su concreción o cristalización —en cierto tiempo y en determinados espacios— parece indudable. Son parte de la historia ocurrida, vivida y protagonizada por los hombres en sociedad.

* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León.

Esa *historia acontecida* se nos aparece como un vasto, indetenible y cambiante proceso. Su trama presenta variadas y entrecruzadas dimensiones: hay una historia mundial y un devenir continental; logramos reconocer historias nacionales; es posible percibir, asimismo, desde historias regionales hasta el discurrir específico de un poblado o de un grupo profesional o familiar.

Pero, además, ese proceso múltiple, interactuante e intractuado se nutre, y queda condicionado, por sectores específicos de su propia realidad, segmentos factibles de ser distinguidos dentro del movimiento global. Si la Revolución Mexicana, verbigracia, fue un evidente estallido sociopolítico y militar, la crisis de 1929 recuerda —sobre todo— la enorme erosión de un sistema económico.

El reconocimiento de la historia como realidad acontecida e inmodificable supone, a la vez, el reconocimiento de sus componentes, jamás iguales a la totalidad histórica. La economía, o las actividades económicas (la producción, las finanzas, el comercio, la agricultura, el crecimiento industrial) son sólo una porción de esa totalidad en movimiento que tantas huellas ha dejado a través de los siglos.

La economía, por otro lado, puede evaluarse —al menos en los tiempos más contemporáneos— como una importante rama de las actividades humanas. Su relevancia parece suficiente como para que se le considere un objeto de estudio significativo. La sociedad en que vivimos —la capitalista— ha llegado a conferir al quehacer económico un grado de extrema prominencia. Más aún: ha terminado de mostrar y demostrar la intensa relación que existe entre lo económico y otras parcelas destacadas de la realidad histórica (desde la social y la política, hasta la cultural o la militar).

Como conjunto de actividades que acontecen, finalmente, la economía extiende sus condicionantes más allá de los espacios locales, comarcales o nacionales. Desde la Revolución Industrial al menos, es notorio, desempeña un visible papel en el desenvolvimiento y las contradicciones de la historia mundial.

LA HISTORIA, LA ECONOMÍA Y EL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

Pero también hablamos de historia y economía al referirnos a disciplinas académicas específicas, destinadas a producir conocimiento como posibles ramas de las ciencias sociales. Para evitar confusiones las denominaremos, por ahora, historia y economía.

La historia, como mecanismo dedicado a producir conocimiento, ofrece diferentes alternativas, vías o perspectivas. Debemos celebrarlo, aunque a veces nos complique las cosas. Y debemos apresurarnos a reconocer —ante ello— el tipo de formación que hemos recibido o adquirido en nuestro desenvolvimiento académico-profesional.

Que aquí definamos el proceso histórico como una realidad vasta y compleja, y la economía como un segmento claramente influyente de ese devenir, indica un tipo de adscripción, de formación y de información en los siempre minados campos de la teoría, el método y las técnicas de investigación.

Los historiadores educados en el convulsivo sur de la América Latina de los años sesenta y setenta fuimos recipiendarios de tres enormes racimos de propuestas:

- 1) Lo imperioso de integrar la historia a las ciencias sociales;
- 2) Las sugeridas por corrientes europeas, encabezadas por los famosos *Annales*;
- 3) Las provenientes del marxismo en sus diferentes —y no necesariamente nocivas— manifestaciones.

Para tranquilidad de algunos habría que decir que todo ello no fue exclusivo del sur continental ni de América Latina: la vivaz historiografía española que detonó en los años finales del franquismo y del inmediato posfranquismo vivió un proceso semejante, especialmente en ciudades como Barcelona.

Aprendimos a ver la historia como una realidad vasta y múltiple, en el sentido antes comentado. Y aprendimos también que un historiador —para poder enfrentar con alguna solvencia tan compleja realidad— debía informarse sobre los instrumentos metodoló-

gicos y las grandes líneas teóricas de disciplinas como la sociología, la antropología, la ciencia política o la economía.

Si compleja y vasta era la totalidad histórica, si su globalidad y discurrir estaban entrecruzados y condicionados por sectores tan diferenciables como lo sociopolítico, lo cultural, lo económico, lo institucional o lo étnico, la tarea de producir conocimiento de alguna confiabilidad sobre tan desbordante objeto de estudio demandaba una intensa comunicación con las otras disciplinas.

Pero si desde un punto de vista metodológico aceptamos la avasallante complejidad de lo histórico, desde la tarea concreta y cotidiana del investigador nos vimos obligados a definirnos sólo por alguna o algunas parcelas de esa totalidad. Aprendimos al respecto que:

1) la especialización resultaba inevitable como forma de operar en la investigación;

2) especializarse *no era equivalente a aislar del conjunto la parcela de realidad investigada.*

La especialización es la que hace germinar ramas distinguibles dentro del propio quehacer de la investigación histórica, vertientes que suelen intentar convertirse en autónomas en un doble sentido: dentro de la historia, y en el marco de las ciencias sociales. Pero también puede conducir a otro resultado: que el historiador se conecte de manera intensa con otra disciplina, como la economía, por ejemplo.

¿Qué puede decirse de la economía como mecanismo gestado para producir conocimiento, como disciplina destacable en el ámbito de las ciencias sociales? Y, sobre todo, ¿qué podemos comentar en una exposición destinada a historiadores?

En primer lugar, la economía se ha dedicado a crear instrumentos de trabajo destinados a describir, analizar y evaluar una parcela de la realidad sociohistórica: la atinente al conjunto de las actividades económicas motorizadas por los seres humanos en muy diversas latitudes. Si éste es su específico objeto de estudio, y si hemos reconocido ya la importancia de las actividades económicas en el funcionamiento del acontecer histórico, ¿por qué —y en nombre

de quién— vamos a desdeñar o dejar de lado una aproximación entre historia y economía?

En términos más abstractos, historiadores como el español Gabriel Tortella sugieren tener en cuenta ciertas definiciones que los propios economistas han realizado de su disciplina: la economía sería —para autores como Lionel Charles Robbins— la ciencia que estudia la actividad humana como relación entre los infinitos fines y necesidades “y los medios escasos que pueden usarse de manera alternativa”. Recordando una propuesta algo más amplia, Tortella cita:

La economía es la ciencia que estudia aquellos aspectos de la conducta e instituciones humanas que utilizan recursos escasos para producir bienes y servicios destinados a la satisfacción de las necesidades humanas. Los conceptos clave —concluye el investigador madrileño— son *fines o necesidades infinitas, medios escasos y alternativos y producción y distribución*.¹

Al aludir a la ya antigua definición de Robbins, Robert Boyer detalla que los teóricos contemporáneos se han colocado muy adelante de aquella concepción y “hacen del análisis económico la teoría de las acciones racionales, en un entorno de enrarecimiento y restricciones, pero de necesidades y deseos ilimitados”.²

La economía nació como economía política, es decir, como un esfuerzo de conocimiento de sus objetos de estudio fundamentales —producción, circulación, distribución— en un escenario intensamente condicionado por factores sociopolíticos, institucionales e

¹ Gabriel Tortella, *Introducción a la economía para historiadores*, Madrid, Tecnos, 1987, p. 5 y 6.

² Robert Boyer, “Economie et histoire: vers de nouvelles alliances?”, París, 1989, mimeo, p.3. Boyer actualiza la definición de economía con una cita de Maurice Allais: “La actividad económica tiene por objeto, esencialmente, satisfacer las necesidades prácticamente ilimitadas de los hombres con los limitados recursos que disponen (en materia de) trabajo, riquezas naturales y de equipamientos ya producidos con sus conocimientos técnicos”. Maurice Allais, “Le fléau du crédit”, *Le Monde*, 27 de junio de 1989, citado por Boyer, nota 10.

históricos. Pero en la parte final del siglo XIX terminó perfilándose como rama concentrada en la teoría económica. Fue cuando procuró asumir un rango más próximo al de las ciencias exactas, a ciencias que pudieran hablar de leyes, modelos, verificación. Durante el siglo XX, por ello, la economía prefirió (aunque no siempre) tomar distancia de las ciencias sociales, de las cuales desconfía por su impotencia para convertirse —como pretende la propia economía— en *ciencia auténtica*.

El proyecto de convertir su disciplina en una *ciencia verdadera* sugirió a los economistas que una buena manera para operar era aislar lo económico del resto de la realidad en estudio. Y como parte del mismo contexto de las actividades económicas, trabajar con el mínimo de variables posibles, claramente delimitadas: todo aquello que estuviera más allá de las variables seleccionadas debía considerarse un elemento *exógeno*. ¿Exógeno respecto a qué? Al modelo, máxima evidencia de la *cientificidad* del método seleccionado.

Lo que se procuraba era estudiar el funcionamiento de ciertos sistemas, tornarlo captable, aprehensible y, además, medible. La cuantificación, las matemáticas y la estadística, por tanto, pasaron a ser elementos básicos del instrumental en economía. Nació, así, la econometría.³

En realidad, lo que se intenta es casi lo opuesto al ideal de algunos historiadores: aislar determinados —y escasos— componentes de la actividad económica de esa totalidad en movimiento que tanto nos preocupa. Y, simultáneamente, someter tales variables a una teorización que requiere expulsar los componentes externos al modelo diseñado.

Este mecanismo se refuerza porque, con frecuencia, los problemas quedan recludos en el corto plazo y bajo nociones tales como

³ “La econometría —define Tortella— es la ciencia instrumental que nos sirve para relacionar esa construcción teórica que es la teoría con la economía real. La econometría es la ciencia cuantitativa que nos permite medir las magnitudes económicas. Es una rama de la estadística especialmente adaptada para resolver problemas económicos”. Gabriel Tortella, *op. cit.*, p. 7.



racionalidad y equilibrio (lo estable, por tanto, pasa a ser uno de los elementos centrales —y más discutibles por parte del historiador— del análisis económico).

Llevado por el afán de identificar paradigmas operativos —ha mencionado Carlos Cipolla—, el economista tiende a considerar sólo las variables que parecen mostrar ciertas regularidades en sus relaciones recíprocas y formas de comportamiento previsibles y racionales. Las numerosas variables restantes son desechadas o pasadas por alto, por considerárselas *exógenas*.⁴

La obsesión por transformar la economía en una ciencia *auténtica* explicaría, también, la poca confianza que sus adeptos suelen prodigar a otras ciencias sociales. Es cierto, empero, que tal ejercicio teórico podría quedar condicionado desde una perspectiva teórica diferente. Y también es correcto alertar sobre las dificultades que existen para aplicar a otras realidades —por ejemplo, el siglo xv en España— modelos útiles para el capitalismo de fines del xx.

La mayor tensión entre historiadores y economistas se daría en dos sentidos:

a) Desde el punto de vista de los primeros, excluir factores sociales, políticos, culturales o institucionales es implanteable, aun cuando se reconozca la dificultad metodológica y práctica que supone tenerlos en cuenta;

b) En torno al tiempo, a las duraciones, a las estructuras, es decir, al movimiento *histórico* que tiene la propia economía. ¿Cómo explicar la Revolución Industrial, por ejemplo, si se excluye lo sociopolítico y, además, se analiza el corto plazo? ¿Y cómo explicar un fenómeno tan revolucionario y rupturista si sólo buscamos verificar equilibrios?

“El hecho es que a largo plazo —remata Cipolla— cualquier problema se convierte en un problema histórico.”⁵

⁴ Carlo Cipolla, *Entre la historia y la economía. Introducción a la historia económica*, Madrid, Crítica, 1991, p. 23.

⁵ *Ibid.*, p. 26.



LA HISTORIA ECONÓMICA Y SUS DILEMAS

Después de revisar de manera muy sucinta ciertas características de la historia y de la economía —e insinuar sus diferencias— habría que preguntarse cómo han podido fusionarse. Ni la combinación ha resultado fácil, ni muchos se encuentran seguros de que haya podido concretarse, todavía, de manera completa. Si Tortella ha llegado a decir que “la historia económica es una ciencia esquizoide, a caballo entre la economía y la historia”,⁶ Cipolla ha dedicado al tema esta prolongada reflexión:

La historia económica es una materia eminentemente interdisciplinar. Ocupa una zona del saber humano que está situada en la encrucijada de otras dos disciplinas: la historia y la economía. La historia económica no puede prescindir de ninguna de ellas. Si cede en uno de esos dos frentes, se desnaturaliza y pierde su propia identidad. El problema consiste en que las dos disciplinas que están en su base... pertenecen a dos culturas distintas. La historia es y sigue siendo la disciplina humanística por antonomasia. En cambio, la economía se ha distanciado progresivamente de la historia y las ciencias humanas desde los tiempos de Ricardo: aun permaneciendo tan débil como base para la predicción, se aferra obstinadamente a las llamadas ciencias exactas mediante el uso y el abuso de la lógica matemática como instrumento fundamental de análisis. Como consecuencia, la historia económica se encuentra en la difícil tesitura de tener que mediar entre dos culturas y dos maneras de pensar que, por desgracia, siguen siendo ajenas la una a la otra.⁷

Disciplina *esquizofrénica*, por tanto, camina entre especialistas formados académicamente como historiadores y como economistas, quienes no siempre —por cierto— se ponen de acuerdo. Más aún: ¿quién puede o debe hacer historia económica: los historiadores con cierto conocimiento de economía o los economistas con mesuradas dosis de información histórica?

⁶ Gabriel Tortella, prólogo a P. Temin, *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Madrid, Alianza Universidad, p. 13.

⁷ Carlo Cipolla, *op. cit.*, p. 10.

Mencionaré, con suma brevedad, dos situaciones en las que se ha planteado públicamente el dilema a partir de 1930, punto cronológico éste que abre los momentos de mayor desarrollo de la historia económica.

Un primer debate se estableció entre los defensores de la historia cuantitativa como simple rama de la economía e historiadores ligados a los *Annales*. Para los primeros —muchos de ellos afincados en Estados Unidos— la cuantificación retrospectiva era sólo un instrumento más para coadyuvar a auscultar y comprobar —poner a prueba— determinados modelos y problemáticas económicas. Había que medir, era menester cierta visión retrospectiva de variables consideradas fundamentales (por ejemplo: el devenir del producto interno bruto entre 1930 y 1950). Gracias al uso de la estadística y de las matemáticas se podía realizar, y se hacía. Punto.

Desde los *Annales* y sus allegados, en cambio, cuantificar o construir, verbigracia, una historia de los precios resultaba una vertiente más para explorar el pasado. Y no sólo respecto a la actividad económica, sino a la historia global, a las estructuras socio-económica-política-demográficas en movimiento, a esa realidad total y totalizante que el científico social tiene que recordar permanentemente al operar, investigar y meditar. Por lo tanto —remataban desde los *Annales*— la cuantificación no debía excluir el análisis cualitativo, el examen sustentado en componentes no medibles que podían encontrarse *fuera de la actividad económica*.

Otro debate vigoroso sobre cómo trabajar la historia de la economía se consumó dentro de Estados Unidos, donde en los años cincuenta emergió la llamada *New Economic History*. Armados con el arsenal analítico de la economía neoclásica —aquella que desde fines del XIX dejó de llamar economía política a la economía— especialistas como Arthur Conrad, John Meyer y Robert Fogel abogaron por la utilización sistemática de la teoría económica y la econometría al estudio de algunos procesos y fenómenos históricos.

La denominada “nueva historia económica” brotó como una agresiva reacción frente la historia económica *tradicional* de Estados

Unidos y de algún país europeo (Inglaterra, en particular). Los jóvenes economistas de la posguerra mostraron en forma abierta su desdén y recelo ante las excesivamente descriptivas narraciones de los antiguos historiadores de la economía estadounidense. Para controvertir muchos supuestos de la historia económica *tradicional*, Conrad, Meyer y Fogel operaron con modelos *contrafactuales* que gestaron nuevas preguntas: ¿cómo y de qué manera hubiera crecido la economía estadounidense sin los ferrocarriles? ¿Qué podría haber sucedido con el sistema de producción basado en la esclavitud si la Guerra de Secesión no estallaba?

Los economistas de la nueva historia económica realizaron todo tipo de cálculos concentrados en la pura esfera de determinadas —y limitadas— variables económicas. Si parecía la única vía para manejar un modelo (una hipótesis a medir) con cierta eficiencia, lo cierto es que se alejaron estruendosamente de quienes sostenían que la historia económica concreta es irreconocible si no se le conecta con las restantes parcelas de la historia acontecida.

Como señala Cipolla, esta relación entre economistas e historiadores emerge como una verdadera encrucijada, y lo mejor sería aceptar que, por ahora, no es imprescindible que se resuelva. El dilema no se solucionará con la censura mutua o el recíproco desdén.

Mientras quienes trabajan historia económica enfrentan la cuestión de manera algo rudimentaria, pero práctica, los que han recibido formación de historiador colocan su énfasis en los métodos y concepciones que aprendieron a manejar; los economistas, a su vez, realizan algo análogo, pero desde su campo específico. Lo importante es que unos y otros procuran hacer de la historia económica un instrumento de conocimiento del pasado, inmediato o remoto. Y lo realizan porque —en su entender— es importante producir conocimientos adecuados sobre problemas, objetos de estudio o situaciones históricas consideradas relevantes *en el ayer, hoy y —en algunas ocasiones— para el futuro*.

Es una postura que ha obtenido resultados interesantes en algunos países donde la historia económica se ha convertido en departamento o sección de las Facultades de Economía (España es, de

paso, un ejemplo notable en tal sentido). En estos casos, el historiador-economista o el economista-historiador se ven obligados a incorporar a su bagaje analítico y teórico instrumentos e información de la disciplina en la que no se han formado inicialmente. El economista puede descubrir la complejidad infinita de los procesos históricos y, así, medir sus ímpetus de cuantificación y de comprobación a cualquier precio; y el historiador se acostumbra a dudar de que revisar un cúmulo de documentos y abandonarse a la pura reflexión es suficiente para producir un confiable conocimiento histórico.

¿POR QUÉ TRABAJAMOS HISTORIA ECONÓMICA?

Después de los comentarios efectuados —entre los que sobresalen algunos dilemas íntimos de la disciplina— alguien podría preguntar *por qué trabajamos historia económica*.

No está de más recordar, para comenzar, que problemas comparables no faltan en el seno de las distintas ramas de la historia, entre ciertas líneas de investigación histórica y otras vertientes de las ciencias sociales y en el interior de cada una de éstas.

Ejercer la historia económica, volcarse a investigar la historia económica de una sociedad determinada, por otro lado, es una decisión asumida, en primer término, por la formación que hemos recibido. Como se mencionó al principio, aprendimos a reconocer en las actividades económicas una porción *relevante, importante e influyente* de esa totalidad en movimiento que es la historia acontecida. Nuestra especialización en procesos y fenómenos contemporáneos —es decir, inmediatamente anteriores, paralelos o posteriores a la Revolución Industrial— afianzó ese interés.

Creemos con firmeza que el mundo de las actividades económicas configura y define objetos de estudio significativos —dignos de ser indagados y explicados— no sólo para los tiempos más actuales, sino también para siglos como el XVIII y el XIX. Nuestra formación de historiador nos alertó, además, que esa significación rebasaba el espectro de las actividades económicas, e impactaba con vigor en

otras porciones decisivas de la historia acontecida: el surgimiento y cristalización de clases y sectores sociales, los conflictos y acuerdos que rigen sus relaciones, las manifestaciones políticas de tales relaciones, las características y funciones —políticas y administrativas— del Estado, las políticas de transformación o reforma que ciertas clases o sectores sociales lanzan desde el Estado, los mecanismos de dominación social, étnica o entre nacionalidades, la vida cotidiana de las muchedumbres urbanas o de los poblados rurales, la aparición y desaparición histórica de ciertas culturas del trabajo y de la producción, las tan destacables relaciones internacionales, entre muchas otras posibilidades.

La historia económica trabajada desde la perspectiva del historiador puede contribuir —dentro de sus límites evidentes— a la producción de más y mejores conocimientos sobre esa totalidad múltiple, en movimiento permanente, que es la historia acontecida. Y lo logrará en la medida que abra ventanas para enfocar, con cierta eficacia, otros segmentos o componentes estructurales de la realidad indagada. De ser así, estaríamos haciendo historia económica no sólo por la historia económica: a la vez, porque aspiramos a convertirla en un instrumento útil —pertinente— para acercarse a lo sociopolítico, lo institucional, lo cotidiano, lo cultural, a la historia mundial de ayer y de hoy.

Pero también hacemos historia económica porque el contacto con la economía y con numerosos investigadores especializados nos enseñó a reconocer cuestiones de vital significación para las sociedades contemporáneas. Citamos una: *el crecimiento económico*, factor imprescindible e ineludible en los periodos de transformaciones socioeconómicas y políticas de gran magnitud. Aspectos de extraordinaria influencia en el siglo que termina —el subdesarrollo de áreas como América Latina, la hegemonía de potencias como Estados Unidos, Europa del oeste o Japón, los impresionantes cambios tecnológicos, las traumáticas migraciones internacionales o el derrumbe del sistema socialista— no serán explicados satisfactoriamente si no se incorpora al análisis esta problemática densa y compleja: por qué han logrado crecer —y cambiar, por tanto— las economías de

determinadas sociedades, cómo pudieron protagonizar en el XIX ese estallido capitalista que fue la Revolución Industrial, por qué tantos rincones del planeta continúan subsumidos en el atraso o el estancamiento económicos.

Para autores como Gabriel Tortella, incluso, “la historia económica tiene como centro de estudio el cambio económico”. Y obsérvese el carácter de las reflexiones que el investigador español realiza tras esa definición:

Después de la Revolución Industrial... el cambio económico se acelera y van siendo más los que lo perciben. Con la conciencia del cambio económico y social se difunde la idea de que la sociedad no es inmutable —como pensaban los preindustriales— sino cambiante. Aparecen así las ciencias sociales, que estudian las sociedades como algo cambiante... el fenómeno que sigue constituyendo el centro preferente de atención de los historiadores económicos es el que dio origen... al nacimiento y consolidación de la Revolución Industrial [y al] formidable proceso de crecimiento y modernización social a que el industrialismo dio lugar. Y las principales preguntas que se plantean los historiadores económicos son las relativas al origen, desarrollo y consecuencias del crecimiento económico.⁸

La indagación en la historia económica de sociedades como la mexicana —del norte de México, para ser más precisos— ha servido para poner a prueba, asimismo, algunas conclusiones sociológicas y sociopolíticas de la atrevida (en muchos sentidos) literatura especializada de los años sesenta y setenta. Cuando releemos aquellos debates —protagonizados con tan desmedido vigor ideológico como desnutrido fue su esfuerzo empírico— y los cotejamos con lo que la investigación regional cercana a la historia económica ha producido en la última década nos quedamos perplejos: las diferencias en torno a temas tan *sociológicos* y, a la vez, tan *económicos* como el surgimiento, desarrollo y capacidad de las burguesías en Latinoamérica resultan notables. La enorme confusión conceptual en derredor de

⁸ Gabriel Tortella, *Introducción...*, p.5.



términos como oligarquía, burguesía y burguesía industrial —gestada en aquellos años tumultuosos— sigue causando estragos por la ausencia de un cimiento metodológico fundamental: es en la historia económica concreta donde se puede atestiguar cuándo y por qué un determinado agente social asume un comportamiento burgués, de acuerdo con la lógica del capital y con específicas y verificables experiencias empresariales.

Practicamos la historia económica, además, por otras dos razones:

1) Porque ayuda a producir conocimientos de sesgos universales. Aunque trabajemos espacios regionales y fenómenos geográficamente definidos, los resultados de investigación pueden cotejarse y discutirse con colegas de otras latitudes, ya en Bilbao, ya en Sao Paulo o Mérida.

2) Y lo hacemos, finalmente, porque sospechamos que el tipo de materia prima que se procesa en la historia económica y la forma en que debe procesarse auspician un mayor control sobre dos de los enemigos principales del investigador dedicado a las ciencias sociales: sus a veces excesivas cargas ideológicas y sus inevitables prejuicios. Creemos que es factible establecer distancias razonables frente al objeto de estudio si se trata de ferrocarriles, circulación de plata o brotes de industrialización, que si aluden exclusivamente a coyunturas sociopolíticas, cuestiones étnicas o el devenir de las ideas.

LA HISTORIA ECONÓMICA DEL NORTE DE MÉXICO

Cerraré esta exposición con una síntesis de los más llamativos resultados e interrogantes que ha generado la investigación regional dedicada a la historia de las actividades económicas en el norte de México. Estas conclusiones han sido recogidas en alrededor de 150 trabajos publicados o redactados en los últimos 15 años y concentrados en el periodo 1850-1925.⁹

⁹ Los trabajos fueron elaborados en centros de investigación ubicados, en general, en el norte del país. La reseña incluye lo que produjeron investigadores residentes en el exterior. En muchos casos los autores, aunque no se han espe-

El resumen servirá —al final de estas reflexiones— para dejar en evidencia la notoria actualidad de los temas indagados, su clara vinculación con el presente y el futuro inmediato de una sociedad que se ha lanzado, en tiempos recientes, a transformaciones inéditas en América Latina.

El impacto de la economía estadounidense

Muchos de los trabajos aquí resumidos esclarecen, en mayor o menor medida, los mecanismos que hicieron de la economía estadounidense el gran motor de las actividades del capital y del empresariado en el norte de México.

Aunque la relación con las áreas más próximas del país vecino —Texas, Arizona, Nuevo México y California— sólo se ha estudiado de manera sistemática por escasos investigadores, los conocimientos aportados son suficientes para concluir que estados como Texas —entre 1850 y la Primera Guerra— fueron un componente sustancial de un espacio económico binacional que integraba una amplia porción del norte mexicano.

El hecho de constituirse en área fronteriza del más grande mercado nacional que ha creado el capitalismo en toda su historia —el de Estados Unidos— obliga a situar el norte de México dentro de parámetros metodológicos particulares desde el punto de vista de la historia económica. Se trataba de un espacio *inmediatamente periférico a la segunda revolución industrial*, sacudido por demandas no frecuentes en otras zonas del mismo México o de otros países latinoamericanos. Sus respuestas a esas demandas —más próximas a las suscitadas a fines de siglo en la Italia septentrional o en el País Vasco— no sólo impactaron en el norte: irradiaron sus efectos

cializado en historia económica, ofrecen materiales significativos y posibles de ser utilizados en una síntesis como la que aquí se propone. Una información más amplia puede encontrarse en Mario Cerutti, “Investigación regional e historia económica y empresarial del norte de México (1850-1925). Aportes, carencias y sugerencias metodológicas”, ponencia presentada en el coloquio *“Pasado, presente y futuro de la Historiografía Regional”*, Taxco, mayo de 1993.



multiplicadores, a la vez, sobre un mercado nacional en pleno ciclo de configuración.

El norte y la formación del mercado nacional

Por el dinamismo de sus actividades productivas, el norte se constituyó —entre 1890 y la Revolución— como un espacio económico fundamental para la construcción de un mercado que tendía a convertirse en nacional (debe excluirse de este proceso el extremo noroeste —Sinaloa, Sonora y Baja California— aislado por la Sierra Madre Occidental).

Los estudios efectuados quizás obliguen a una reinterpretación de los engranajes que llevaron a la constitución del mercado nacional y del capitalismo en México. Si se recuerda que los ritmos del mercado capitalista dependen más del carácter de las actividades económicas que de la densidad de la población, se podría llegar a la conclusión siguiente: pese a ser un espacio demográficamente vacío hasta los años 80, el norte centro-oriental pudo haber tenido mayor peso en la constitución de la sociedad capitalista mexicana —y de su mercado— que las áreas centrales del país.

El vigor de los grupos empresariales regionales

Las investigaciones sobre Chihuahua, la Comarca Lagunera y Monterrey verifican el vigor que asumieron grupos empresariales regionales entre 1880 y la Revolución. Eso quiere decir que el capital acumulado localmente resultó crucial en la puesta en marcha y control de múltiples actividades económicas, aunque es imposible descartar la significación paralela del capital externo.

Desde mediados de los 80, por ejemplo, en el norte centro-oriental se fue construyendo un eje empresarial que descendía desde Chihuahua, se anudaba en La Laguna y se prolongaba hasta Monterrey. La fusión de capitales que —desde 1890— facilitó la sociedad anónima, hizo brotar proyectos comunes, a los cuales fueron incorporados destacados capitalistas de ciudades con menor desenvolvimiento empresarial (San Luis Potosí, Durango, Saltillo). Del eje

Chihuahua-La Laguna-Monterrey surgieron sociedades como la Compañía Industrial Jabonera de La Laguna (1898), Cementos Hidalgo (1906), el Banco Refaccionario de La Laguna (1907) y Vidriera Monterrey (1909).

La constante comercial antes de 1890

Como en otras latitudes mexicanas y latinoamericanas, el comercio emergió como una herramienta vertebral en la constitución de los grupos burgueses nortños. La actividad mercantil fue singularmente intensa en el norte centro-oriental tras el cambio de la línea divisoria con Estados Unidos, en 1848. La frontera del Río Bravo brindó espectaculares oportunidades de enriquecimiento a comerciantes y casas intermediarias ubicadas en ambos lados del río, tanto en tiempos de guerras como en épocas de paz.

La actividad mercantil se prolongó hacia el crédito y fue fundamental en la adquisición de experiencia empresarial. Lo primero remataría, en los años noventa, con la fundación de bancos. Lo segundo, en una diversificación de quehaceres que se manifestaron en la industria fabril, la minería, la agricultura especializada, la ganadería, la explotación forestal, los mismos bancos, los transportes y los servicios.

Cambios en los procesos productivos

El noroeste minero, La Laguna, Monterrey, el sureste agrícola de Nuevo León y zonas próximas de Tamaulipas, ciertas comarcas de Chihuahua y Coahuila, rincones de Zacatecas cercanos a Coahuila y Parras, entre otros lugares, sufrieron transformaciones muy intensas en los procesos productivos a partir de los años 80.

El visible desarrollo de las actividades productivas que instrumentaron los grupos propietarios y dueños del capital tuvo que ver con:

a) la especialización en actividades orientadas al mercado estadounidense (extracción de minerales, metalurgia pesada del plomo y del cobre, ganadería, productos para la alimentación animal, ciertas franjas de la agricultura);

b) las demandas de un mercado nacional en plena articulación y expansión (agricultura intensiva del algodón, ganadería, producción forestal, carbón, industrias del jabón, la cerveza, el vidrio, el cemento o el acero).

Los cambios fueron de evidente profundidad tanto en la organización social del trabajo (el norte presenta a finales de siglo el más definido mercado libre de fuerza de trabajo de México, y acompañó en ese sentido las transformaciones que se manifestaban en el sur de Estados Unidos), como en el uso y la aplicación de tecnología y de prácticas empresariales, generalmente incorporadas desde Estados Unidos.

Los apellidos extranjeros, los capitales regionales

Quizás una de las aportaciones más fuertes de la investigación regional orientada a las actividades económicas y empresariales reside en el estudio de los procesos formativos del capital. El seguimiento minucioso, durante décadas, de uno, dos o varios empresarios —o familias empresariales— arrojó conclusiones que rebasan la esfera económica y golpean la historia sociocultural.

Una de esas conclusiones es la relativa al origen local o regional de muchos capitales que la literatura latinoamericana de los años sesenta y setenta hubiese considerado *extranjeros*. La indagación regional en el norte ha comprobado largamente que el hecho de que un empresario porte un apellido anglosajón o francés no puede ser equivalente a inversión extranjera. Con demasiada frecuencia se trataba de inmigrantes —de origen irlandés, español, francés, estadounidense, alemán, inglés, italiano— que cumplían su ciclo de enriquecimiento en estas latitudes y se integraban de manera natural a los núcleos burgueses en configuración y desarrollo.

Por su historia —su nacimiento, crecimiento y reproducción en espacios definidos—, por su intensa inserción en la economía vernácula y por su escasa relación con la estructura capitalista de los países de origen de los inmigrados, no parece válido aplicar —a esos capitales— el calificativo *extranjeros*.